



HA MUERTO UN GRAN JESUITA

Homilía del
P. Guillermo Marshall S., Provincial,
en los funerales del
P. Jorge González F.

“**HA** MUERTO UN GRAN JESUITA, hijo de una familia muy cristiana, educado desde su niñez en el Colegio de San Ignacio, y que a los 17 años entró en el Noviciado de la Compañía de Jesús. Ingresó a la vida religiosa acompañado de un selecto grupo de jóvenes, que se sintieron movidos por el mismo ideal. Formaron lo que se ha llamado "la generación del año 8", célebre por la calidad humana y religiosa de sus componentes, y por su capacidad de emprender grandes cosas por el bien de las almas y la gloria de Dios. Entre sus miembros recién fallecidos habría que nombrar al P. Raúl Montes Ugarte, y al P. Sergio Hurtado Salas.

Siendo un hombre muy dotado intelectualmente el joven jesuita no se veía un académico que viviera entre los libros. El sentía un gran atractivo por la acción apostólica.

El sacerdote debe ser definido por lo que es y no por lo que hace. Lo que hace es fruto de su ser. El P. González fue ante todo un religioso que consagró su vida a Dios y al servicio de los hombres. El mantuvo un estilo de vida muy humano y tradicional, en el mejor sentido de estas palabras. Recuerdo un famoso y excelente retiro que nos dió cuando éramos jóvenes jesuitas, en el cual nos dijo: "Yo no he venido a la Compañía de Jesús a sufrir, sino a ser feliz". Era un hombre que respiraba bonhomía, y que amaba las letras clásicas, afición que cultivó hasta su muerte.

En torno a su ordenación sacerdotal escribía al P. Provincial: "El sacerdocio se me presenta grandioso, rico y consolador, por todo lo que tiene de don de nosotros mismos al servicio de Jesucristo en las almas y en la Iglesia. Después de sentir lo que Dios pone en mis manos, y de palpar la obra de su gracia en el confesionario, me siento más que nunca confirmado en mi vocación".

Jorge González fue ante todo un sacerdote que tuvo en su vida dos grandes pasiones que especificaron su opción fundamental: (a) la educación; (b) el ejercicio del ministerio sacerdotal.

(a) La educación de niños y jóvenes la ejerció desde sus años de magisterio en el Colegio San Ignacio, en los años 1933 y 1935. Estudiando teología en Lovaina mantenía una nutrida correspondencia con el P. Provincial, y sus preocupaciones en esta materia tornaban alrededor de la construcción del nuevo Colegio San Ignacio. Su afán era ampliar y profundizar este apostolado de la Compañía. A su vuelta a Chile fue Profesor, Prefecto y Rector del Colegio San Ignacio. También fue profesor de los estudiantes jesuitas. Yo me cuento entre sus alumnos. El logró una gran influencia en nosotros. Nos impactaba su amor a las letras y su capacidad de contagiarnos con ese gusto. Era un gran latinista y un verdadero humanista. Fue profesor en distintos colegios de Chile, en la Universidad Católica de Valparaíso, y hasta el día de su muerte, profesor de religión en el Colegio Carlos Cousiño de Valparaíso.

El P. González no era sólo un maestro, era un gran organizador y emprendedor. Fue durante 11 años Rector de la Universidad Católica de Valparaíso. Período en el que, acompañado por varios jesuitas, hizo crecer y elevó el nivel de esa Universidad de modo notable. Él tuvo la intuición de crear para la Universidad el primer canal de T.V. del país. Con gran visión de futuro creó la primera Escuela de Pesca que tuvo Chile. También fue Rector del Colegio Máximo San José, donde los estudiantes de varios países hacían sus estudios de Filosofía y Teología en Argentina. Estuvo interesado por las reformas educacionales de la época y participaba como perito en las comisiones del Ministerio de Educación. Posteriormente participó en los Directorios de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación y en la Universidad Adolfo Ibáñez. Su interés por la educación lo llevó a fundar el Colegio Rubén Castro, con planes especiales y dependiente de la Universidad Católica de Valparaíso. Posteriormente, asesorando a una asociación de caballeros cooperó a la creación del Colegio Carlos Cousiño en Valparaíso. A esta obra dedicaba parte importante de su tiempo, realizando él mismo un fecundo trabajo pastoral con los alumnos.

(b) Su veta estrictamente ministerial, aunque atraviesa todo su quehacer educativo, se va a expresar en su gusto por dirigir la Congregación Mariana, la Cruzada Eucarística, las Conferencias de San Vicente, el Apostolado de la Oración y, especialmente en los últimos años, la difusión de libros y revistas de doctrina y piedad católica. Por último había que añadir su afición a misionar en los campos, actividad donde lo encontró el Señor, trabajando en su mies hasta el último día de su fecunda y apostólica vida.

El P. González fue un gran jesuita. Sus cualidades hicieron de él un gran orador, un publicista, un gran profesor, un promotor de actividades apostólicas de todo tipo, muchas de ellas orientadas a ayudar en sus estudios a niños y jóvenes de escasos recursos. Esto lo hizo calladamente, sin ostentación. Y el haber ocupado tan altos cargos no le hizo desdeñar trabajos muy modestos como ocuparse de disponer la comida en la Comunidad. Debemos reconocer también su piedad, su devoción al Sagrado Corazón que el divulgara por sus escritos y difusión de revistas.

Es digna de mencionar su obediencia, que le hacía aceptar, después de ser Rector del Colegio Máximo, el ocuparse de despachar libros y hacer cobranzas en la Universidad Gregoriana. O pasar de Roma a Puerto Montt. Fue un hombre siempre disponible a las misiones que los superiores le confiaran.

La Compañía ha perdido un gran jesuita. De una gran salud, de gran laboriosidad, de gran celo apostólico, de inteligente creatividad, deja no sólo una gran obra y una enorme influencia en muchas personas, sino que deja un hermoso ejemplo a los jóvenes jesuitas: "ser capaz de abarcar lo grande, sin desdeñar lo pequeño", lo cual es divino. La Compañía de Jesús está de duelo por esta pérdida. Creíamos que el P. Jorge González era inmortal. Nunca estuvo enfermo, siempre alegre, de buen humor. La fe nos dice que está junto al Padre. El practicó las obras de misericordia: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo ha de menester, corregir al que yerra, etc. El Señor nos ayude a seguir los pasos de estos grandes hombres que nos han precedido."